

EL DISCURSO DE LA TECNOCIENCIA: ANÁLISIS CATEGORIAL Y MORFOLÓGICO

CARMEN GALÁN RODRÍGUEZ Y JOSÉ CARLOS MARTÍN CAMACHO
Universidad de Extremadura

I. Introducción

Desde hace aproximadamente dos décadas la sociedad en que vivimos ha experimentado una profunda transformación cuyos orígenes se sitúan en el ámbito tecno-científico. La naturaleza de tales cambios afecta no sólo al modo como se realizan ciertas actividades sino que implica además una auténtica revolución en la concepción del entorno y en las mentalidades; ha generado, en suma, una nueva e insólita forma de concebir el mundo.

Y si el foco de esta revolución proviene del ámbito tecno-científico, su manifestación más clara es el lenguaje pues, al mismo tiempo que actúa como una suerte de depósito para los cambios, se constituye en la razón explicativa de todos ellos. Cabría preguntarse si, en última instancia, los estudios dedicados a usos específicos del lenguaje como el científico, el publicitario, el periodístico o el político podrían clarificar tales transformaciones terminológicas. En cualquier caso, el lenguaje parece el punto de partida más adecuado para comenzar esta investigación; aunque existen ya algunos precedentes (George Orwell, 1984; Georg Steiner, *Después de Babel*, Heidegger), hemos tomado exclusivamente como referencia el trabajo de Uwe Poerksen (*Plastic Words*), si bien algunas de las intuiciones que esboza (en ocasiones de manera un tanto vaga e impresionista) necesitarían ser justificadas o revisadas. Éste es justamente nuestro propósito.

II. Bloques aislados contra contextos

En 1988, el lingüista alemán Poerksen propuso una clase nueva de palabras a las que denominó en un primer momento «palabras ameba» (*Amoe-*

ba Words)¹. El conjunto de tales términos configuraba un léxico internacional que actuaba en las demás lenguas casi como una imposición dictatorial. Las implicaciones de su trabajo son realmente interesantes; de ser cierta su intuición acerca de este vocabulario internacional, habría que postular entonces la necesidad de una categoría clasificatoria netamente diferenciada que permitiera identificar de forma precisa los cambios experimentados en el lenguaje actual, cambios que provienen en su mayor parte del terreno tecnocientífico. Por otra parte, sería también de gran utilidad para reconocer y mostrar la ideología encubierta que se transmite a través de estos términos. En definitiva, esta nueva categoría de palabras puede llegar a convertirse en una valiosa herramienta de investigación que permita dar razón de un fenómeno ampliamente constatado (la degradación de lo que el propio Poerksen denomina «habla vernácula», el habla de todos los días), pero difícilmente identificable a no ser de forma «impresionista», esto es, sin un objeto claro y un método definido.

En la traducción americana de su libro² eligió el conocido juego «Lego» como metáfora básica para su trabajo. El cambio no es insignificante, pues intenta explicar las razones por las que el lenguaje adquiere propiedades de una actividad modular, estandarizada y combinatoria, en la que las piezas tienen un valor dado no por sus características —todas son más o menos iguales o equivalentes— sino por su posición, por lo que hablar significa fundamentalmente construir; construir a partir de algo previo, de una pieza rígida, «producida» por otros —fundamentalmente las elites tecnocráticas— que sirve, «como fabricada en serie», para todas las culturas y lenguas.

La idea de entender el lenguaje con la metáfora de un puzzle, o más directamente como el juego Lego, aunque no en estos términos, aparece por primera vez en el símil del mosaico de J. Trier³, quien sostiene que los términos de una lengua abarcan todo el campo de lo real, como las piezas de un rompecabezas, sin dejar huecos y sin superponerse, por lo que cada término o pieza implica una concepción del mundo. Esta idea fue reformulada en parte por A. Matoré⁴; interesado especialmente por el sustrato material, económico, técnico y político del léxico, considera que una sociedad puede ser explicada a través de su léxico. De esta forma, Matoré diferencia

¹ Cf. Uwe Poerksen, *Plastikwörter. Die Sprache einer internationaler Diktatur*, Klett-Cotta, 1988. Por respeto a esta clase de animales, Poerksen se decidió por el término *Plastic Words* (palabras plásticas o de plástico). En adelante las abreviaremos como PW.

² Poerksen cambió el subtítulo de su trabajo de 1988 (*Die Sprache einer internationaler Diktatur*) para justificar la metáfora arquitectónica del Lego; así, en la versión inglesa figura como *Plastic Words: The Tyranny of a Modular Language*, The Pennsylvania State University, 1995.

³ J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, 1931.

⁴ A. Matoré, *La méthode en Lexicologie. Domaine français*, 1950.

«generaciones lingüísticas» definidas cada una de ellas por «palabras-testigo» (neologismos del tipo *honnête-homme*) que, como centro de un campo notional, controlan la creación de otras semejantes. Ahora bien, siguiendo con la metáfora de Poerksen, proponemos una hipótesis al respecto: la propiedad constructiva —tridimensional— de las PW las caracteriza de modo sensiblemente distinto al planteado por otras teorías, en el sentido de que la tridimensionalidad refleja un estilo de pensar tecnológico exclusivo de nuestro tiempo. Con esta hipótesis queremos introducir una apreciación que consideramos importante. A lo largo del trabajo se señala el origen científico de las PW —las piezas lego—, sin embargo su *uso*, el *modo* en que se emplean está más cercano a las soluciones tecnológicas o ingenieriles dado su carácter polivalente y multiuso, como demuestra la experiencia. Las soluciones ingenieriles, al menos las «mejores», tienen precisamente estas características y se fundamentan en soluciones abstractas, de ahí su multivalencia. Esta abstracción ingenieril es precisamente la que propicia otra cualidad definitoria de nuestra época: la estandarización. Si mantenemos el símil industrial, las PW actuarían como atractores, como verdaderos agujeros negros que terminan absorbiendo el significado de las demás palabras; o tal vez como condensadores que transmografían el significado de los otros términos que se encuentran en su mismo contexto⁵. Por este motivo en cualquier idioma «suenan» de la misma manera. Frente a ellas, según Poerksen, se encuentra el habla vernácula, caracterizada por el fluir de frases y conversaciones, en las cuales, el significado genérico de los términos se actualiza en relación con el conjunto, esto es, se determina por los demás.

Esta oposición entre PW y palabras vernaculares puede equipararse a la clásica distinción establecida por Coseriu⁶ entre terminologías y «palabras usuales», ya que las PW presentan varios de los rasgos definitorios que el lingüista rumano atribuye a las palabras terminológicas. Éstas pertenecen a las lenguas únicamente por su significante y por ciertas funciones léxicas relacionales (por ejemplo, por desarrollar los mismos procesos de derivación que

⁵ Hace algunos años, en un debate sobre el desempleo en España, el por entonces presidente del Gobierno, Felipe González, señalaba que «Todos los gobiernos [de la Unión Europea] coinciden en que es necesario mantener la política de saneamiento contenida en los programas de convergencia, para conseguir un *crecimiento* estable que garantice la creación de empleo y el *bienestar* de los ciudadanos». Las formas en cursiva corresponden a dos de las PW listadas por Poerksen (págs. 25-26; *growth* y *welfare* en la versión inglesa de la obra) y muestran bien a las claras el rasgo que estamos comentando: son formas de una notable vaguedad semántica, algo que les permite aludir —o más bien evocar— por sí solas las referencias de otras palabras o sintagmas: *crecimiento* equivale en este contexto a *desarrollo económico*, *creación de riqueza*, *fortalecimiento de la economía*, *mejora de las infraestructuras*, etc.; mientras que en *bienestar* quedan englobados los significados de *prosperidad*, *tranquilidad*, *desahogo*, *seguridad*, *satisfacción*...

⁶ Cf. E. Coseriu, *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1977, págs. 96-100.

las «palabras usuales»), pero desde el punto de vista semántico son subidiomáticas —pues pertenecen a ámbitos limitados dentro de cada comunidad idiomática— y, al mismo tiempo, interidiomáticas —ya que pertenecen al mismo tipo de ámbito en varias comunidades idiomáticas⁷—. Estos dos rasgos están claramente presentes en las pw: su significante se adapta a cada lengua concreta, pero son propias de ámbitos limitados (política, administración, economía...) y perfectamente equivalentes de unas lenguas a otras, algo que queda patente en su fácil traducción. Sin embargo, desde otra perspectiva, las pw son más bien las antagonistas de las palabras terminológicas: éstas buscan ser una delimitación claramente definida e inequívoca de la realidad, de modo que en ellas coinciden la designación y el significado; en cambio, las pw, en lugar de delimitar inequívocamente la realidad, la presentan como una nebulosa en la que es muy difícil discernir una designación en el sentido recto del término.

III. *Palabras Ameba o Plastic Words*

Poerksen comienza su libro señalando esta propiedad: *Las pw no son nuevas en cuanto a su apariencia, sino en cuanto a cómo se usan*⁸.

Así, palabras como *proceso, progreso, modernización, necesidades, comunicación, información, crisis, desarrollo* crean un cierto consenso acerca de su uso, una atmósfera de «alta tecnología» muy apreciada por los políticos y tecnócratas. Sin embargo, forman parte no sólo del discurso de los políticos, sino también del habla cotidiana. Por ejemplo: se está «en crisis», se tienen «ciertas necesidades», mostramos «problemas de comunicación» con los demás, o nuestro «sistema inmunitario» se encuentra «deprimido».

A primera vista, se podría pensar que las pw atentan contra la diversidad lingüística pero, en realidad, no es una cuestión de dominio o primacía de ciertas lenguas sobre otras en ciertos ámbitos. En todo caso, se trataría de una única lengua dominante —el inglés— a través de la cual se difunden determinadas parcelas del léxico. De este modo, las pw son una manifestación más de la tendencia actual a adoptar términos de origen inglés en los principales ámbitos de la vida moderna: tecnología, informática, deporte, música... Consecuentemente, al aura que las pw deben a su empleo entre las elites, se une la que, en nuestra sociedad, proporciona lo anglosajón —o, más concretamente, lo norteamericano—.

⁷ *Ibidem*, pág. 97.

⁸ «Plastic Words are not new in how they look but in how they are used». Cf. *Plastic Words*, *op. cit.*, pág. 1.

De acuerdo con Poerksen, tal unificación en el vocabulario de las diversas lenguas respecto a una —el inglés—, o dicho de otra manera, la creación de un vocabulario compartido no reúne más de cien palabras. Sin embargo, a pesar de su reducido número, constituyen una verdadera prisión para la percepción del entorno, en el sentido de que, aun cuando filtran parcelas amplísimas de la realidad, la reorganizan a su modo y muy rígidamente, cerrando así el paso a otras posibilidades para organizar la experiencia. Evidentemente, estas palabras existían ya hace tiempo —en su mayor parte proceden de étimos griegos o latinos, son términos científicos—, pero han modificado su significado originario. El proceso ocurriría de esta manera: primeramente, casi todas las *pw* pertenecían a la lengua común; de ahí han pasado a la ciencia, donde adquieren una apariencia de «verdades generales», como ocurrió con *salud* o *desarrollo* en 1800, y desde este dominio regresan al lenguaje común. Sin embargo, en este regreso es donde se produce un efecto multiplicado: ahora son términos autorizados, canonizados, míticos. Como tales, imponen también un «estilo de pensar» comúnmente aceptado que se materializa en acciones particulares, resultado precisamente de esa nueva «percepción» de lo real que ofrecen. De nuevo, éste es su lado político: en la construcción de un mundo cada vez más industrializado las *pw* funcionan como piezas o bloques de la armazón o esqueleto de esta nueva concepción/descripción del mundo; pero son —al mismo tiempo que piezas— los agentes de la nueva visión. Por citar algunos ejemplos, *desarrollo* es una *pw* que a priori tiene una connotación positiva, pero también puede utilizarse para destruir una región entera; uno ha de *administrar* correctamente su *sistema inmunológico* y la *información* es el *recurso* más importante de la enseñanza.

Esta imposición de una determinada visión del mundo que realizan las *pw* supone un elemento de juicio muy importante para la discusión establecida en torno a la tesis del relativismo lingüístico o *hipótesis de Sapir-Whorf*, según la cual las estructuras de cada lengua condicionan la forma en que sus usuarios perciben la realidad⁹. Si pudiera demostrarse que las *pw* nos imponen un determinado modo de percibir la realidad —y parece bastante

⁹ Tal hipótesis, en realidad, ni fue formulada como tal ni es —a pesar de lo que insinúa la denominación que se le suele dar— obra conjunta de Sapir y Whorf, sino una conclusión que diversos comentaristas han extraído de los artículos que publicó Whorf acerca de la relación entre lenguaje y pensamiento, recopilados póstumamente en Benjamin L. Whorf, *Language, Thought and Reality*, editado por J.B. Carroll, Cambridge, MIT, 1956. Un interesante análisis crítico de esta «hipótesis» aparece en Jane H. Hill, «Lenguaje, cultura y cosmovisión», en E.J. Newmeyer (comp.), *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge. iv. El lenguaje: contexto socio-cultural*, Madrid, Visor, 1992, pág. 31-55; igualmente, diversas críticas a las ideas de Whorf aparecen en Manuel Casado Velarde, *Lenguaje y cultura*, Madrid, Síntesis, 1991, págs. 55-57.

probable que sea así—, constituirían un argumento sólido para justificar una de las partes de la hipótesis, esto es, la que afirma que las estructuras lingüísticas dominan nuestro pensamiento y, por consiguiente, nuestra forma de percibir e interpretar la realidad. Ahora bien, también supondrían la negación de la otra parte de la hipótesis: la que considera que tal condicionamiento está determinado por cada lengua concreta, pues las *pw* supondrían una imposición respecto a la forma de percibir la realidad uniforme y universal, independiente de las lenguas concretas. Todo ello tiene implicaciones muy sugerentes para el estudio de la relación entre lengua y pensamiento que convendría analizar con más detalle: el grado de ese condicionamiento, la manipulación sobre el pensamiento que puede ejercerse con este tipo de palabras, etcétera.

IV. *pw* y metáforas

Las *pw* mantienen ciertas similitudes con las metáforas —según Poerksen la proximidad se justifica porque en ambos casos se parte de dos dominios que se comparan—, pero mientras que las metáforas y comparaciones «usuales» son pictóricas —se basan en un tránsito de imágenes en las que la imagen-origen es fácilmente identificable—, las *pw* no mantienen ningún rasgo que permita reconocer su procedencia. Se han hecho tan omnipresentes que su cualidad de imágenes se ha difuminado y por esto nadie puede evocar pictóricamente qué sea «el desarrollo», de ahí que se presenten bajo una nebulosa conceptual, indefinida.

Véanse así los siguientes ejemplos de los términos *energía* e *información* estudiados por Poerksen:

Energía: según Freud la mente equivale a un aparato por el que se distribuye y circula la energía. La intención obvia del símil era acercar la por entonces novedosa teoría psicoanalítica a la claridad de las ciencias naturales. Algunas palabras derivadas de esta concepción freudiana han pasado a la lengua común y así podemos afirmar que la tensión se libera o se almacena, ya sin valor metafórico: se está «tenso», algo es bueno para «liberar tensiones», la acumulación de «tensión» produce «estrés»¹⁰.

¹⁰ El estrés (*stress*) refería en un principio a un estado de los materiales, lo que en castellano conocemos perfectamente como «fatiga de los materiales». Después se aplicó a los soldados de la I Guerra Mundial que sufrían la fatiga en el frente. Actualmente se ha convertido en una enfermedad generalizada, internacional, sin definición clara, omniaplicable —desde a los altos ejecutivos hasta a las amas de casa—, por lo que este término podría ser un claro «aspirante» a la categoría de palabra ameba.

Información: aproximadamente hasta 1920 era una abstracción, cuyo significado variaba según los contextos de uso. Básicamente sus significados particulares eran:

- a) Instrucción (área educativa) como modelo de entrenamiento: una *técnica*.
- b) Investigación (área de la jurisprudencia) de cargos, acusaciones contra alguien: un *proceso*, un *procedimiento*.
- c) Novedades, conocimiento de algún asunto.

Desde los años 70¹¹ estos significados se diluyen e «información» se combina preferentemente con *news* ('noticias', 'novedades que circulan'). Pasa de designar un proceso a designar la descripción de un resultado o una clase de objeto. Este cambio se puede observar en expresiones del tipo «para tu información», «la información no es suficiente para mí», «de acuerdo con informaciones aún no confirmadas». En estas expresiones se indican resultados; que es un objeto se aprecia por los verbos que *información* selecciona: se da, se tiene, se almacena, se acumula, se transmite, se intercambia, se revisa, etc. Y forma parte de numerosos compuestos: *déficit de información*, *necesidad de información*, *carencia de información*, *avalancha*, *vacío*, *contenido de información*.

Una vez que el término adquiere barniz científico se unifica y objetiva: su significado empieza a ser empleado en todos los niveles y se convierte en un término enfático, esto es, gracias a sus asociaciones con la ciencia gana el «aura» que mencionábamos anteriormente. En el lenguaje científico, desde el trabajo de Claude Shannon, «información»¹² se usa como opuesto a «redundancia» o a «ruido excesivo e innecesario». En el lenguaje ordinario su uso es en parte similar: frente a los excesos, la información es la parte fundamental del significado de una emisión. Como consecuencia, «información» es superior a «opinión», «sospecha», «intuición», se trata así de un bien, un valor, ya que la persona informada tiene preeminencia.

Pero, si admitimos que el significado es nuevo, cabe preguntarse si también la palabra está usada de forma diferente. Es obvio que es la misma forma significante la que vincula dos esferas distintas (el lenguaje tecno-científico y la lengua común), pero si hay un cambio de significado ¿habría que hablar de dos palabras? Básicamente, una de las diferencias más notables que

¹¹ El cambio tiene su origen en la cibernética y en la teoría de la información que han devuelto el término al lenguaje común —con un cambio notable de significado— dotándolo de «dignidad científica» y convirtiéndolo en un objeto.

¹² Por definición, Información equivale a $I(s) = \log n$.

permitiría mantener esta distinción es que en el lenguaje científico son puras denominaciones —refieren a objetos y procesos nítidamente limitados, como pura descripción—, mientras que en el ordinario actúan como juicios de valor. Se trataría de la conversión de enunciados descriptivos en enunciados prescriptivos. Por ejemplo, en la teoría de la información no tiene sentido asignar un valor negativo a términos como *redundancia* o *ruido*, porque forman parte intrínsecamente de la propia información: la redundancia sirve para comprobar el estado del canal y el ruido se puede entender como la «información en bruto», aquella parte de la señal que *todavía* no se ha descodificado. Con ello se quiere indicar que el significado de los términos depende de una teoría general donde alcanza su descripción y también su limitación, mientras que ese marco de referencia preciso se pierde en el habla cotidiana y por ello se produce un desplazamiento hacia el juicio de valor. Esta es la razón por la que mantenemos que, por el modo en que se usan, se trataría de dos palabras diferentes, a pesar de que tengan en común ciertas cualidades.

El significado es estructuración de la experiencia humana y es claro que tal estructuración no puede ser *previa* al lenguaje. También parece indiscutible que tal estructuración está condicionada por las diferentes lenguas particulares, pues éstas no se limitan a ser simplemente un elenco de nomenclaturas que etiquetan cosas —si así fuera, las lenguas sólo diferirían en su parte formal, signifiante—, sino que las lenguas son redes significativas que materialmente «crean» y «organizan» de modo distinto las experiencias¹³. Esto es, no comprueban o testifican la existencia de algo fuera del lenguaje, sino que imponen sus propios límites (Humboldt, Whorf), y de ahí que cada lengua sea una cultura o, en términos wittgensteinianos, una forma de vida diferente.

También esta es la función de las *pw* —crear y organizar las distintas experiencias—, pero los resultados son otros. Es cierto que las *pw* componen un vocabulario internacional cuyo origen —términos del ámbito científico con raíz greco-latina— permite una rápida difusión hasta el punto de que se posibilita la creación de lo que podría denominarse una *koiné* designativa y conceptual. Pero en esta especie de *koiné* —instalada en lo que normalmente se denomina «lengua común»— las *pw* se utilizan prescindiendo de su facultad designativa. En cierto sentido la pierden, porque son polidesig-

¹³ Este hecho constituye la base de uno de los rasgos que suelen atribuirse al lenguaje humano, la semantividad, concepto explicado por diversos autores modernos (cf. Eugenio Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, 3ª edición, Madrid, Gredos, 1982) y que remonta hasta autores como Hegel e incluso Aristóteles. Las lenguas poseen semantividad porque sus palabras no designan directamente las cosas, sino el análisis que cada cultura hace de la realidad, de modo que son las palabras las que «organizan» y «crean» nuestras experiencias.

nativas y se convierten en «bienes lingüísticos», «objetos de valor», «mercadería» que circula rápidamente. Por eso resulta sorprendente que, frente al desgaste que sufren los términos usados con desmesurada frecuencia en la lengua de comunicación¹⁴, en el caso de las *pw* la reiteración en los discursos es precisamente la constatación de que se han convertido en valores lingüísticos casi universales.

En cierto sentido, entonces, las *pw* atentarían contra la capacidad organizativa de cada lengua y, en suma, contra la diversidad lingüística; aunque no creemos que haya que pensar en un proceso de colonialización de una lengua en especial sobre las demás. Ello ocurre por dos razones básicas: a) el que procedan del latín o del griego resulta irrelevante, puesto que poco o nada tienen ya de relación con sus étimos; y b) aunque es cierto que se difunden a través del inglés —es indiscutible que en nuestro tiempo esta lengua ha alcanzado el status de *lingua franca*—, en última instancia, a los usuarios de estas nuevas palabras ni les interesa la etimología ni el vehículo de propagación. El «bien lingüístico» que poseen consiste en el aura que emanan. Pero no sólo las *pw* poseen un aura que las hace especialmente llamativas. El empleo de palabras con una aureola de misterio casi sagrado es un recurso empleado desde siempre por la política, por la retórica y, en nuestros días, por la publicidad: las cremas con *oligoelementos*, los yogures con *bifidus* o la leche enriquecida con *ácido fólico* llenan nuestros oídos con el aspecto de maravillosas panaceas; los automóviles con *ABS* y *EDS*, motores *TDI* y diseño *ergonómico* remiten a una tecnología insuperable. Tales palabras, a pesar de poseer significados totalmente concretos, se comportan en gran medida como las *pw*, pues lo que importa en ellas no es el significado, sino únicamente esa aureola que las hace brillantes e incuestionables: muy pocos hablantes sabrán qué es exactamente el *bifidus* o cómo funciona un sistema *ABS*, pero casi ninguno dudará de que un yogur con *bifidus* es muy sano para el organismo y un coche con *ABS* seguro y fiable.

Por consiguiente, utilizar un término tecno-científico fuera de su aplicación restringida es un síntoma revelador de una determinada posición social y económica —es la garantía que nos asegura el acceso o la pertenencia a un grupo privilegiado— o bien del anhelo de alcanzar tal posición; de ahí que no sea la forma signifiante la que subyugue —aunque es precisamente a través de su forma como se reconocen—, sino el barniz científico del que se impregnan, a pesar de que su pretendida amplitud significativa no pase de ser una evidente reducción semántica. A las *pw* se les puede aplicar directamente la tradicional ley lógico-semántica: a medida que los términos

¹⁴ Es justamente su vacío semántico el que propicia que se conviertan en tópicos o *clichés*, como ha ocurrido con los sintagmas ya fijados *brutal asesinato*, o *pertinaz sequía*.

ganan en extensión, su intensión disminuye sensiblemente o, dicho de otra manera, aumentan su radio de acción pero disminuyen su significado. De hecho, tal es así que resulta revelador que las PW sean prácticamente intercambiables en determinadas secuencias como las siguientes:

Información es comunicación
Comunicación es intercambio
Intercambio es una relación
Una relación es un proceso
Proceso significa desarrollo
El desarrollo es una necesidad básica
Las necesidades básicas son recursos
Etcétera.

He aquí un buen ejemplo de por qué entenderlas bajo la metáfora del Lego. Sin embargo, no todas las PW pueden ser conmutadas tan libremente. Al menos, habría que distinguir dos tipos básicos que cumplen una serie de propiedades combinatorias/ontológicas: las PW_1 , a las que calificaremos de términos «herramienta» por contraste de las PW_2 o términos «objeto».

Dentro de PW_1 incluiríamos las siguientes: *sistema, estructura, filosofía, cultura, código...* Estas PW_1 muestran la propiedad de ser «términos operadores» en el sentido de que funcionan como herramientas de análisis de la realidad, esto es, la construyen al interpretarla. Son, pues, la parte «agentiva» —forman un «núcleo»— que se expande o complementa en un sintagma donde se especifica el alcance de las operaciones descritas. A todas las PW_1 mencionadas anteriormente —*sistema/estructura/código/cultura*—, se les puede añadir, por ejemplo, el término *social* para construir así un sistema social, una estructura social, un código social, una cultura social. Lo mismo sucede con otros como, por ejemplo, *política* (sistema político, estructura política, cultura política, etc.) Se trata, en suma, de trasladar a la lengua las herramientas —como activadores, como procedimientos y como delimitadores— que se aplican sobre las PW_2 . Esto es, al concebir las PW_1 como herramientas, los términos (objetos ya) sobre los que actúan se interpretan como «cosas» que pueden ser manipuladas, pues se les aplica una «filosofía», un «código», se entienden como susceptibles de «sistematizarse» o de «estructurarse», etc. Conformarían una suerte de horizonte explicativo para las PW_2 .

Las PW_2 (metáforas ontológicas) parecen intercambiarse entre sí con libertad. Es el caso de *desarrollo* o *política* en ejemplos como «cultura del desarrollo» o «cultura política». Al mismo tiempo, diríamos que resultan más particulares que las PW_1 y que, de alguna manera, ofrecen cierta impresión de mayor concreción significativa. Sin embargo, esto no es cierto, y ello se

aprecia en su —relativa— flexibilidad combinatoria. De ahí que Poerksen las compare con los discursos automáticos generados en la Academia de Lagado, tal como se relata en *Los viajes de Gulliver* de J. Swift.

V. PW y el problema de la designación

Las diversas propiedades que hemos ido recogiendo de las PW se sintetizan en lo siguiente: desde un punto de vista lingüístico, la designación no coincide nunca con el significado; designamos lo objetivo y particular mientras que el significado pertenece a un plano conceptual. El plano conceptual exige un elevado grado de abstracción que posibilita una recursividad infinita aplicable a toda experiencia, tanto real como imaginada. Gracias a esa recursividad, «caballo» significa el «ser caballo», bien la entidad existente particular (el équido que pasta tras la valla en este momento) o una entidad de ficción que se corresponde vagamente con el animal, tal y como aparecen a veces dibujados en los cuentos infantiles. Sin embargo, en las PW estos dos planos se confunden. Dicho de otra forma, en las PW se invierte la relación designación-significado en el siguiente sentido: el procedimiento que empleamos para significar parte de una red conceptual creada *en y por* cada lengua particular y sólo posteriormente se establecen las designaciones (la concreción de la abstracción previa que supone la significación). En las PW se parte directamente de una experiencia previa que, curiosamente, está constituida por elementos lingüísticos ya reificados, con independencia de que éstos significaran con anterioridad estados o procesos. Por esta razón, en las PW parece operar una suerte de nominalismo en el sentido de que tales palabras no implican que nos pronunciemos sobre la existencia de las cosas, sino únicamente sobre las denominaciones que las convocan bajo una nueva apariencia.

La pregunta que surgiría entonces sería si las PW crean entidades nuevas o simplemente modifican la forma en que han de ser concebidas. Aunque la interrogación sería irrelevante desde el momento en que hemos de aceptar que todo cambio de designación implica también un cambio en la manera en que son percibidas las entidades a que se refiere. Por consiguiente, es lícito hablar de invención o descubrimiento. De todas maneras, es cuanto menos curioso que el significado pase a un segundo plano *a causa del poder de designación*. Sin embargo, ocurre que a mayor heterogeneidad conceptual —son cosas, y este mismo término es el hiperónimo por excelencia— la eficacia con que operan en los discursos es proporcionalmente más elevada, con lo que la precisión y acotación significativas quedan subordinadas a la mera eficacia.

Este modo de operar podría explicarse por la procedencia técnico-científica de las PW: este lenguaje también parte de las cosas considerándolas en

su función de designación de lo real y concentrándose en las cosas mismas que se designan. De ahí que, tanto en el lenguaje tecno-científico como en las *pw*, la estructuración lingüística del mundo no pueda ser arbitraria, pues está motivada objetivamente. Pero en el caso de las *pw* la motivación lleva asociada siempre un juicio de valor. Esto supone afirmar que en este caso el lenguaje no es meramente representativo sino que puede proporcionar información sobre las cosas designadas, como ocurre en la ciencia frente a la lengua común: es decir, la ciencia (evidentemente a través del lenguaje) estudia y analiza los objetos como tales y sus enunciados son enunciados sobre los objetos (informa); pero en los términos del lenguaje común hay —al mismo tiempo— representación y significado; en absoluto aserción sobre las cosas.

VI. *Análisis morfológico de las pw*

Hasta ahora, hemos abordado el estudio de las *pw* desde el punto de vista semántico y conceptual, que es, ciertamente, el más importante y revelador respecto al estatus que estas palabras tienen en el habla moderna. No obstante, merece también la pena abordar su análisis formal, pues de él podemos extraer datos interesantes para la clarificación de su valor y papel.

Para este tipo de análisis, emplearemos como *corpus* las palabras listadas por Poerksen en la versión inglesa de su obra, que, traducidas, son las siguientes:

bienestar (<i>welfare</i>)	modelo (<i>model</i>)
centro (<i>center</i>)	modernización (<i>modernization</i>)
compañero (<i>partner</i>)	necesidad básica (<i>basic need</i>)
comunicación (<i>communication</i>)	nivel de vida (<i>living standard</i>)
consumo (<i>consumption</i>)	planificación (<i>planning</i>)
contacto (<i>contact</i>)	problema (<i>problem</i>)
crecimiento (<i>growth</i>)	proceso (<i>process</i>)
cuidado (<i>care</i>)	producción (<i>production</i>)
decisión (<i>decision</i>)	progreso (<i>progress</i>)
desarrollo (<i>development</i>)	proyecto (<i>project</i>)
educación (<i>education</i>)	recurso (<i>resource</i>)
energía (<i>energy</i>)	relación(es) (<i>relationships</i>)
estrategia (<i>strategy</i>)	rol (<i>rol</i>)
estructura (<i>structure</i>)	servicio (<i>service</i>)
factor (<i>factor</i>)	sexualidad (<i>sexuality</i>)
función (<i>function</i>)	sistema (<i>system</i>)

futuro (<i>future</i>)	solución (<i>solution</i>)
gestión (<i>management</i>)	sustancia (<i>substance</i>)
identidad (<i>identity</i>)	tendencia (<i>trend</i>)
información (<i>information</i>)	trabajo (<i>work</i>)
intercambio (<i>exchange</i>)	valor (<i>value</i>)
materia prima (<i>raw material</i>)	

Antes de comenzar el análisis en sí, conviene hacer algunas observaciones sobre este *corpus*:

— Como el propio Poerksen menciona, esta relación no es exhaustiva ni cerrada, y de hecho en ella no se recogen algunos de los términos que hemos citado en apartados anteriores. Por consiguiente, podríamos incluir otras palabras que pueblan el lenguaje político y administrativo actual, así como palabras que, posiblemente, acabarán convertidas en un futuro próximo en *pw*. De todas formas, el *corpus* presentado es suficiente para obtener de él conclusiones interesantes, las cuales, sin duda, serían extrapolables a esas otras palabras que no trataremos.

— Respecto a la traducción de los términos citados en la versión inglesa de la obra de Poerksen, conviene destacar que hemos intentado encontrar, más que una mera traducción, la *pw* equivalente que se emplea en el ámbito español. Ello explica, por ejemplo, que hayamos traducido el inglés *rol* por *rol* y no por *papel*, pues es la primera la palabra que suele emplearse en el lenguaje plástico y la que posee esa aura que ya hemos mencionado, por mucho que sea condenada por los puristas como innecesaria.

— Por lo que se refiere al análisis en sí, conviene destacar que la comparación entre el inglés y el español muestra coincidencias más que llamativas: las que en una lengua son formas simples suelen serlo en la otra (*contacto-contact*, *modelo-model*), las derivadas deverbales también coinciden (*crecimiento-growth*, *desarrollo-development*) e incluso las compuestas, tanto ortográficas como sintagmáticas (*bienestar-welfare*, *necesidad básica-basic need*). Este hecho es sumamente sugerente y debería profundizarse en él cotejando la forma de estas palabras en otras lenguas, pero aquí únicamente lo apuntaremos.

— Finalmente, hay que señalar que el análisis se ha realizado primando el punto de vista sincrónico, de ahí que consideremos que formas como *cuidado* o *producción* derivan de *cuidar* y *producir* aunque realmente sean de ascendencia latina (*cogitatum*, *productio*).

El análisis concreto de estas palabras proporciona algunos datos de los que pueden extraerse conclusiones interesantes. Lo desarrollaremos en tres bloques:

1. Las 43 palabras examinadas son, sin excepción, sustantivos. Ello implica que las *rw* designan, como diría la gramática tradicional, «entidades»¹⁵, o, más concretamente, «entidades abstractas», pues prácticamente todas ellas (salvo *compañero* y quizás alguna otra) son lo que suele denominarse sustantivos abstractos. Tal hecho supone un argumento más en favor de la indefinibilidad que hemos atribuido a las *rw*, pues son los sustantivos abstractos los que mayores problemas plantean a la hora de encontrar una definición satisfactoria.

2. Morfémicamente, estos sustantivos presentan las tres estructuras básicas de cualquier lengua, esto es, pueden ser simples, derivados o compuestos. Así:

— Son simples veinte: *centro, contacto, energía, factor, función, futuro, identidad, gestión, modelo, problema, proceso, progreso, relación(es), estrategia, estructura, sustancia, rol, solución, sistema, valor*.

— Son derivadas diecinueve: *compañero*¹⁶, *cuidado, comunicación, consumo, decisión*¹⁷, *desarrollo, educación, intercambio, crecimiento, información, modernización, planificación, producción, proyecto, recurso*¹⁸, *servicio, sexualidad, tendencia*¹⁹, *trabajo*.

— Son compuestas cuatro: *necesidad básica, nivel de vida, materia prima, bienestar*.

Estos datos, por sí solos, no aportan demasiado, pero un análisis más detallado descubre hechos destacables:

Salvo *compañero* y *sexualidad*, todos los demás derivados son deverbales, de modo que establecen una relación directa con un verbo: *cuidado-cuidar, comunicación-comunicar, consumo-consumir, decisión-decidir, desarrollo-desarrollar, educación-educar, intercambio-intercambiar, crecimiento-crecer, información-informar, mo-*

¹⁵ Evidentemente, no defendemos la validez de este tipo de definiciones, totalmente superadas en la actualidad. No obstante, para nuestros propósitos es útil una caracterización de este tipo.

¹⁶ Corominas (DCECH, s. v. *compañía*) lo hace derivar del antiguo *compaña*, pero sincrónicamente está relacionado más bien con *compañía*.

¹⁷ Aunque etimológicamente esta palabra procede del lat. *decisio, -onis* parece factible suponer que, sincrónicamente, se percibe como derivado de *decidir*, aun cuando formalmente presente ciertas peculiaridades.

¹⁸ En este caso, no está del todo claro si esta palabra se siente como derivada de *recurrir*, aunque parece posible considerar que así es.

¹⁹ Aunque su sufijo es poco productivo, esta palabra se formó en nuestra lengua a partir de *tender*, por lo que conviene mantenerla en este grupo.

dernización-modernizar, planificación-planificar, producción-producir, proyecto-proyectar, recurso-recurrir, servicio-servir, tendencia-tender, trabajo-trabajar.

Igualmente, de las 20 palabras simples, todas —salvo *factor, futuro, problema, estrategia, rol* y *sustancia*²⁰— establecen relación con un verbo, que puede haberse formado a partir del propio sustantivo o haber llegado a nuestra lengua simultáneamente a él. Lo primero, mucho más habitual, sucede con *centro* > *centrar*, *contacto* > *contactar*, *energía* > *energizar*, *función* > *funcionar*, *gestión* > *gestionar*, *proceso* > *procesar*, *progreso* > *progresar*, *relación(es)* > *relacionar*, *estructura* > *estructurar*, *solución* > *solucionar*, *sistema* > *sistematizar*, *valor* > *valorar* / *valorizar*. Lo segundo únicamente se da en *identidad*, que se relaciona con *identificar*, creado a partir de *idéntico*; así como en *modelo*, que conecta con *modelar*, verbo tomado del italiano, y con *modelizar*, término que comentaremos más adelante.

Esta conexión sustantivo-verbo es un hecho que merece especial atención, pues supone que de 43 palabras recogidas, 31 mantienen una relación formal con un verbo de significado equivalente. Ello nos permite plantear, aunque sea de forma demasiado simplista, la hipótesis de que en el ámbito plástico conviven dos esferas: la de los sustantivos, que «designan» esas realidades aureoladas, y la de los verbos correspondientes, que sirven para expresar las acciones conducentes a «producir» dichas realidades. Y es que tan vacío es en el lenguaje político un *proyecto* como *proyectar* algo, la *gestión* de un asunto como *gestionar* tal asunto, que el país haya experimentado un *crecimiento* económico como que la economía *crezca*...

Por tanto, parece conveniente ampliar el ámbito de las PW y dar cabida en él a los verbos correspondientes. Los sustantivos constituirían el núcleo, la esencia de este tipo de lenguaje, mientras que los verbos serían su complemento, la visión activa de este lenguaje vaciamente sagrado.

3. Pero los datos más reseñables se obtienen del análisis de las familias léxicas de las PW, esto es, de las palabras relacionadas morfológicamente con ellas. En este sentido, en dichas familias se encuentran varios tipos de términos:

A) Palabras formalmente relacionadas con las PW pero ajenas, al menos a primera vista, a su empleo en el tipo de lenguaje que analizamos. Sería el caso, por ejemplo, de *factorial* respecto a *factor*, de *acompañamiento* respecto a *compañero* o de *procesal* respecto a *proceso*. Tales formas, aunque muy numerosas, no interesan aquí.

²⁰ El verbo *sustanciar*, que aparece en el DRAE y en el DUE, no parece de uso común ni en la lengua cotidiana ni en el ámbito de las PW.

B) Términos «tradicionales», arraigados en el idioma desde hace tiempo y relacionados formalmente con las *pw*. Estas palabras pueden derivar directamente de la *pw* o haber sido creadas a partir de términos relacionados de distinta forma con la *pw*.

Entre las primeras se encuentran casos como los siguientes:

- De *centro* deriva *central*, a partir del cual se han formado, a su vez, *centralizar* (con sus descendientes *centralizador* y *centralización*) y *centralismo* / *centralista*.
- De *consumo* proceden *consumismo* y *consumista*.
- De *energía* deriva *energético*.
- De *progreso* tenemos *progresismo* y *progresista*.
- De *estrategia* se forma *estratégico* y de éste *estratégicamente*.
- De *estructura* procede *estructural*.

Tales formaciones son, probablemente, anteriores a la «plastificación» de su primitivo, pero llama la atención el hecho de que, en muchos de sus usos, han llegado a adquirir la vacuidad de éste, de modo que en ellas se da el mismo proceso que acabamos de comentar respecto a los verbos: tan difícil es asignar un referente concreto a *progreso* como a *progresista*, tan indefinida es una *estrategia* como una medida o una decisión *estratégica*. La diferencia estriba en que los verbos forman parejas casi sistemáticas con los sustantivos plásticos correspondientes, algo que no sucede en estos casos.

Pero hay otro hecho sumamente llamativo: en ocasiones, la lengua ha formado dos derivados sobre la *pw*, de los cuales sólo uno se emplea en el ámbito que estamos estudiando. Ello constituiría un argumento a favor de la hipótesis de Poerksen, ya comentada, de que las *pw* no son nuevas en su forma, sino en su uso: así, frente a *enérgico* tenemos *energético*, que es la forma propia de este ámbito; frente a *sistémico* tenemos *sistemático*; frente a *centrismo* aparece *centralismo*, etcétera.

La segunda posibilidad, esto es, la existencia de palabras relacionadas morfológicamente de manera indirecta con la *pw*, puede ejemplificarse con casos como los siguientes:

- Con *comunicación* se relacionan *comunicativo* y *comunicador*, creadas a partir de *comunicar*.
- Con *desarrollo* conecta *desarrollable*, derivado de *desarrollar*.
- Con *gestión* se relaciona *gestor*, procedente directamente de un étimo latino.

- *Modernizador* está relacionado con *modernización*, pero deriva —como él— del verbo *modernizar*.
- *Productivo* y su derivado *productividad* establecen una relación indirecta con *producción*, pues también provienen de *producir*.

En este caso sucede como en el anterior: a pesar de que la relación morfológica entre la PW y estos términos es sólo indirecta, también ellos se ven frecuentemente atraídos hacia lo plástico, algo sintomático del poder de este tipo de lenguaje. Veamos sólo un ejemplo: *comunicador* no es ya, como recoge la primera acepción del DRAE, algo que sirve para comunicar, sino alguien «que posee una gran capacidad para transmitir a los demás su saber o sus opiniones»²¹. Si la comunicación es uno de los valores básicos de la sociedad moderna, el *comunicador* es el poseedor de tal valor, algo que le convierte en un ser infinitamente superior. Sin duda, una de las mejores alabanzas que puede hacerse de una persona pública en nuestra sociedad es calificarlo como «buen comunicador».

C) Finalmente, existen términos «modernos», esto es, términos formados a partir del uso plástico de las palabras que analizamos. Estas formaciones son especialmente importantes, pues reflejan dos rasgos que conviene destacar:

En primer lugar, avalan la vitalidad de las PW, pues una de las notas que define la frecuencia y asentamiento de una palabra en la lengua es su capacidad para construir nuevos derivados. Además, el examen de estos derivados permite encontrar algunos datos importantes:

- *Comunicología* y *comunicólogo*²² aparecen en el DRAE de 1992 y constituyen un ejemplo de uno de los procesos de formación de palabras más activo en nuestros días, la creación de compuestos con elementos de tipo culto. Estas dos formas pueden relacionarse con el citado *comunicador* como reflejos de la importancia que la comunicación alcanza en nuestros días: tal es ésta, que hasta parece haber surgido una «ciencia de la comunicación».

- *Desarrollismo* («situación de incremento o expansión», «período de mejora y expansión económica» según el DVUA) es derivado de *desarrollo* y presenta uno de los sufijos más productivos de la actualidad, *-ismo*, de indudable relación con el lenguaje plástico. Ello la convierte en una palabra especialmente «sonora» y útil para el hábitat de las PW.

²¹ Cf. M. Alvar Ezquerro (dir.), *Diccionario de voces de uso actual*, Madrid, Arco-Libros, 1994. A partir de ahora citamos DVUA.

²² Formalmente, están compuestas por *comunicación*, que sufre un apócope del sufijo y el cambio de la vocal final por *-o* y *logos*, elemento culto procedente del griego.

- *Educacional* y *educacionista* se encuentran en el DRAE de 1992. El primero de ellos presenta un rasgo que ya hemos comentado al analizar otras palabras: en el ámbito de las PW prácticamente ha sustituido al tradicional *educativo*. Por su parte, el segundo presenta el correlato de *-ismo*, lo cual le proporciona el mismo tipo de prestigio.

- *Futurible*, aunque recogida por el DRAE, es palabra reciente y muy de moda. Como su primitivo, este término posee un aura notable, pues algo *futurible* no es simplemente algo que pueda hacerse en el futuro, sino algo importante digno de ser hecho.

- *Modelizar* («crear un modelo teórico [de algo]», según el DVUA), supone la aplicación a *modelo* del sufijo verbal de más resonancia conceptual en la actualidad²³, algo que por sí solo le proporciona una aureola de superioridad incuestionable. De él deriva otro término bastante adecuado para el lenguaje plástico: *modelización*.

- *Planning*, recogido en la nueva edición del DUE, merece un especial comentario. No se trata, como es evidente, de ningún derivado de *planificación*, sino de la forma inglesa equivalente. Ello es una prueba palpable de lo que ya hemos comentado en varias ocasiones: que las PW pertenecen a un léxico internacional adoptado del inglés. No obstante, hay que reconocer que, al menos de momento, este término tiene una frecuencia de uso bastante menor que la forma española.

- El sustantivo *problemática* (recogido en la nueva edición del DUE pero no en el DRAE) es un término frecuentemente condenado por los puristas, pero muy útil para observar directamente los rasgos que caracterizan a las PW: los *problemas* que se derivan de determinada situación o que plantea cierto asunto, cuando los enfrentan los políticos y tecnócratas, se presentan como algo casi insondable, pero si en lugar de problemas nos enfrentamos a una *problemática*, la oscuridad se hace totalmente inabarcable.

Un segundo rasgo de estos derivados «modernos» es que apoyan —como en casos ya comentados en puntos anteriores— la idea de que las PW pueden adquirir carta de ciudadanía, pues estas nuevas formaciones no se relacionan con los sentidos originarios de lo que ahora son PW, sino únicamente con su valor plástico, algo que no siempre ocurre con los derivados tradicionales, que en otros usos conservan la relación con el valor originario de la palabra. Veámoslo con un par de ejemplos:

²³ Sobre este sufijo, *vid.* Miguel Á. Rebollo Torío, «-izar», *Anuario de Estudios Filológicos*, xiv, 1991, págs. 405-411.

- La forma *educacional*, frente a *educativo*, no se relaciona con todos los sentidos que presenta *educación*, sino únicamente con su empleo como pw. Ello queda patente en el hecho de que ambos adjetivos no son intercambiables en todos los contextos: *sistema educativo* / **educacional*, *autoridades educativas* / **educacionales*, frente a *estrategias* (otra pw) *educacionales* / *educativas*, *medidas educativas* / *educacionales*, *desarrollo educativo* / *educacional*.

- El verbo *modelizar* va más allá, pues prácticamente sustituye al tradicional *modelar* en el ámbito de las pw: *modelar* es, en general, 'dar forma', mientras que *modelizar* es, como señala el DVUA, 'crear un modelo teórico' y eso es precisamente el *modelo* como pw, una representación teórica y abstracta de un proyecto.

De todo lo dicho en este apartado podemos extraer las siguientes conclusiones:

— Las pw, originariamente, son sustantivos, y en general de carácter abstracto. Estos sustantivos constituyen la médula del lenguaje plástico, pero su poder de evocación y de imposición de una forma de ver la realidad determina que atraigan hacia sí palabras de otras clases formales, sean derivadas directas o indirectas de las pw. Ello ocurre especialmente con verbos, aunque también con adjetivos y con otros sustantivos; pero mientras que los verbos forman parejas casi sistemáticas con las originales pw, las otras clases de palabras no presentan el mismo grado de sistematicidad.

— La vitalidad de las pw se observa en su capacidad para construir nuevos derivados, que presentan la peculiaridad de que se relacionan semánticamente sólo con el uso plástico de los primitivos y no con sus significados «rectos». Ello, junto con la existencia de dobles del tipo *enérgico-energético*, demuestra que las pw son nuevas no en su forma sino en su empleo.

En definitiva, este análisis formal viene a reforzar las intuiciones que hemos esbozado en el resto del trabajo: las pw son formas lingüísticas poderosas, pues no sólo nos imponen una nueva forma de percibir el mundo, sino que también atraen hacia sí constantemente a otras palabras. De este modo, las pw que analizábamos antes de este apartado son el armazón de ese nuevo lenguaje modular, pero a ellas se asimilan cada vez más términos —verbos, adjetivos, otros sustantivos— que se ponen al servicio de la construcción de discursos conceptualmente vacíos pero de innegable efecto impresionista.

VII. Conclusión: las pw como liturgia

La existencia simultánea de tres niveles —representación máxima, significado mínimo y aserción inequívoca— en un discurso único nos lleva a con-

siderar este tipo de palabras como las propias de un ritual litúrgico cuya función primordial es el reforzamiento de las creencias y el reclutamiento de nuevos acólitos. De estar en lo cierto, deberíamos pensar que la efectividad que mencionábamos anteriormente adquiere así una nueva dimensión. Sin duda esto es así en el lenguaje político teñido de *pw*. Los discursos en favor del desarrollo se caracterizan por la vacuidad significativa y por la adhesión incondicional de los fieles, no siendo posible de esta manera ninguna dimensión. Que el *crecimiento* debe ser un objetivo o que la *información* es el valor por excelencia en las sociedades *avanzadas* no puede discutirse, se presentan como verdades fuera de toda discusión posible, esto es, como dogmas, a pesar de que ni el político ni el adepto puedan definir qué es realmente el crecimiento o qué es la información, algo que tampoco importa en absoluto, pues lo importante es esa «sonoridad conceptual» de los términos que los hace incuestionables²⁴. Esta lógica dogmática lleva a la aparición de construcciones tan llamativas como *desarrollo sostenido*, *crecimiento estable* —mencionado por Felipe González en el discurso antes citado (cf. nota 5)— o el eufemístico oxímoron *crecimiento negativo*, empleado por el mismo político en un debate televisivo ante José María Aznar en 1993²⁵. La pregunta es si también ocurre lo mismo en su vertiente vernácula. Desde luego, parece que la creencia común en la actualidad —y empleamos «creencia» con su connotación religiosa también— es que la tecnociencia es la última palabra —sea ameaba o no— sobre la naturaleza de las cosas. De ahí que el uso de estas palabras acerque al no iniciado a la jerarquía o elite que, supuestamente, está en contacto con tales misterios.

²⁴ Precisamente la primera característica que atribuye Poerksen a las *pw* es que «The speaker lacks the power to define the word [el hablante carece del poder de definir la palabra]», pág. 22.

²⁵ «[...] en un momento en que estamos atravesando una crisis económica [...] que nos golpea igual que golpea a otros países de nuestro entorno. Por ejemplo, tenemos un crecimiento que puede ser un crecimiento cero o un *crecimiento negativo*; la misma apreciación se podría hacer, nada más y nada menos, que de países como Alemania y otros [...]».